

ERIC H. CLINE

POR EL AUTOR DE 1177 A.C.

TRES PIEDRAS
HACEN UNA
PARED



HISTORIAS DE LA ARQUEOLOGÍA

CRÍTICA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Prefacio: Una pata de mono fosilizada

Prólogo: «Cosas maravillosas»...

Primera parte: Los comienzos de la arqueología

1. Polvo al polvo en la Italia antigua
2. Búsqueda y exhumación de Troya
3. De Egipto a la eternidad
4. Misterios en Mesopotamia
5. Exploración de las junglas...

El arte de excavar 1

Segunda Parte: África, Europa y...

6. El descubrimiento de nuestros...
7. Los primeros agricultores...

Tercera parte: Excavaciones en el Egeo...

8. Los primeros griegos salen a la luz
9. ¿En busca de la Atlántida?
10. Encanto bajo el mar

Cuarta parte: Recuperar a los clásicos

11. Del lanzamiento de disco a...
12. ¿Qué han hecho por nosotros...

El arte de excavar 2

Quinta parte: Descubrimientos en tierra

13. Excavaciones en el Armagedón
14. La Biblia desenterrada
15. Misterio en Masada
16. Ciudades del desierto

El arte de excavar 3

Sexta parte: Arqueología del Nuevo Mundo

17. Líneas en la arena, ciudades en...
18. Cabezas gigantes, serpientes...
19. Submarinos y colonos...

El arte de excavar 4

Epílogo: Regreso al futuro

Agradecimientos
Bibliografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

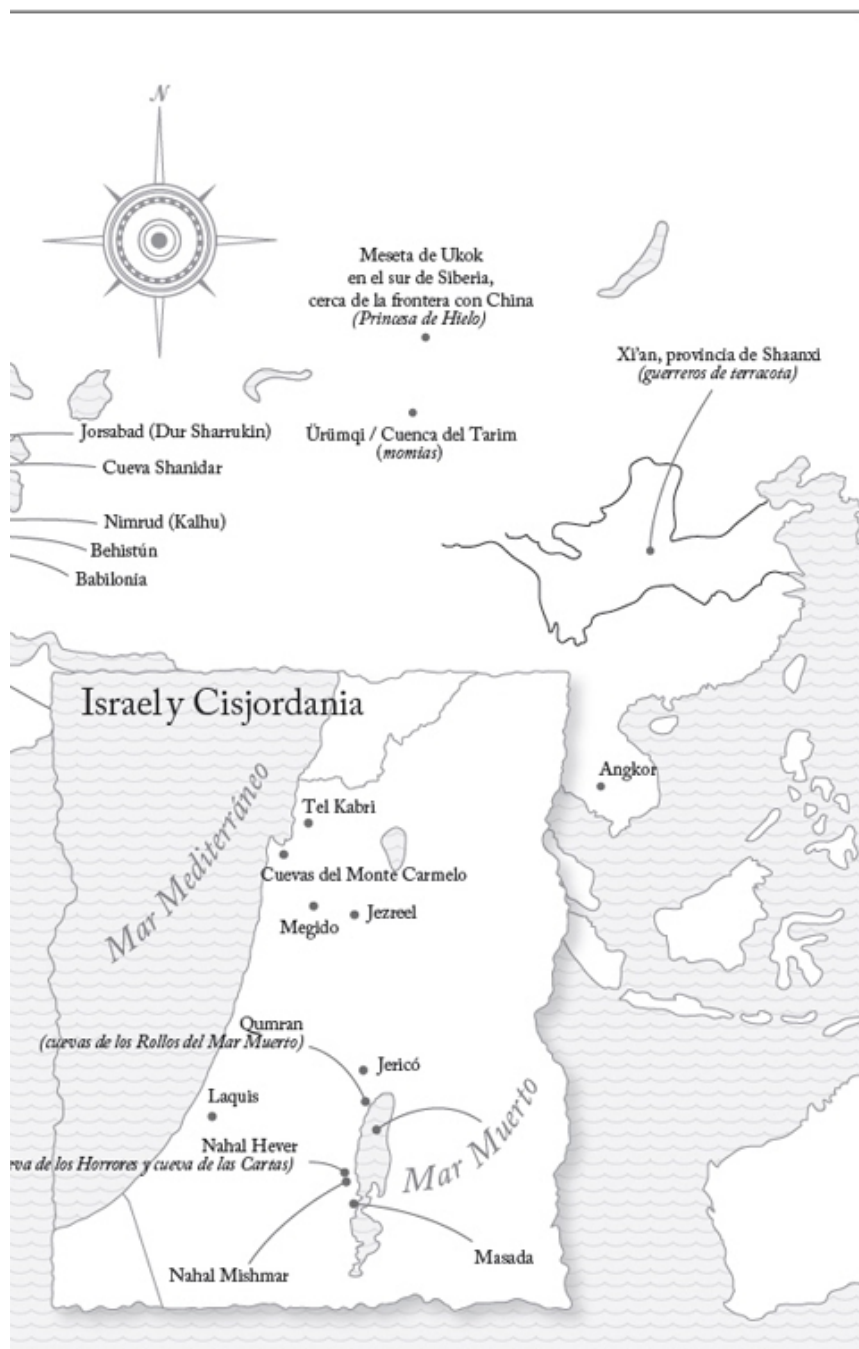
Comparte

SINOPSIS

Eric H. Cline, uno de los más prestigiosos arqueólogos de nuestro tiempo, nos cuenta la historia de la arqueología y de sus grandes hallazgos y nos lleva a los lugares donde hoy trabajan los arqueólogos para mostrarnos, de paso, los métodos con que investigan cuestiones como los orígenes del hombre, la aparición de la agricultura, el nacimiento de la cultura griega, el legado de Roma... Una labor cuyo objetivo final es la búsqueda de los rasgos que configuran nuestra propia historia como seres humanos.









Frontispicio: excavaciones en Tel Kabri.

ERIC H. CLINE

TRES PIEDRAS HACEN UNA PARED

Historias de la arqueología

Ilustraciones de
Glynnis Fawkes

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

One stone is a stone. [Una piedra es una piedra.]
Two stones is a feature. [Dos piedras son una estructura.]
Three stones is a wall. [Tres piedras son una pared.]
Four stones is a building. [Cuatro piedras son un edificio.]
Five stones is a palace. [Cinco piedras son un palacio.]
(Six stones is a palace built by aliens.) [(Seis piedras son un palacio construido por alienígenas.)]
Archaeological axiom [Axioma arqueológico]

Prefacio

Una pata de mono fosilizada



Figura helenística de bronce de Tel Anafa.

Cuando tenía solo siete años, mi madre me regaló un libro titulado *The Walls of Windy Troy* [Las murallas de la ventosa Troya].¹ Se trataba de una obra adaptada para niños sobre los trabajos de Heinrich Schliemann y su búsqueda de las ruinas de la antigua Troya. Después de leerlo, anuncié que sería arqueólogo. Más tarde, durante mis años en el instituto, leí la obra de John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, y *Dioses, tumbas y sabios*, de C. W. Ceram, dos lecturas que avivaron mi deseo: eran unas historias fascinantes sobre descubrimientos de ciudades perdidas en la selva y antiguas civilizaciones.² En la universidad, me especialicé en arqueología en cuanto pude y, tras la licenciatura, mi madre me entregó de nuevo

el libro sobre Schliemann, el iniciador de todo aquel viaje catorce años atrás. Aún lo conservo en mi despacho de la Universidad George Washington.

No soy el único que siente fascinación por la arqueología; otras muchas personas experimentan lo mismo, hecho que pone de manifiesto el éxito de las películas de Indiana Jones y de los documentales de televisión que cada noche se emiten por un canal u otro. Ya no recuerdo la cantidad de veces que alguien me ha dicho: «¿Sabe?, si yo no fuera _____ (llénese el espacio en blanco con *médico, abogado, enfermera, contable, financiero de Wall Street*, etc.), habría sido arqueólogo». Sin embargo, casi nadie tiene una idea clara de lo que esta profesión implica. Tal vez imaginan que se trata de andar a la zaga de tesoros perdidos, de viajar a lugares exóticos y de proceder a las meticulosas excavaciones con cepillos de dientes y otras herramientas similares, pero esto no es lo habitual y el común de los arqueólogos no somos como Indiana Jones.

He participado en expediciones arqueológicas casi todos los veranos desde mi segundo curso en la universidad, lo que suma un total de más de treinta temporadas en los últimos treinta y cinco años. Por los emplazamientos en que he desarrollado esta actividad, principalmente en el Oriente Medio y Grecia, se me considera en general un arqueólogo del Viejo Mundo. Sin embargo, también he excavado en California y Vermont, en Estados Unidos, en lo que en términos arqueológicos se denomina Nuevo Mundo.

He tenido ocasión de formar parte de varios proyectos muy interesantes, entre los que se cuentan los de Tel Anafa, Megido, y Tel Kabri, en Israel; el Ágora ateniense, Beocia y Pilos, en Grecia; Tell al-Maskhuta en Egipto; Palaiokastro en Creta; Kataret es-Samra, en Jordania; y Ayios Dhimitrios y Pafos, en Chipre. Casi todos estos lugares o regiones son perfectos desconocidos salvo para los arqueólogos, exceptuando tal vez el Ágora, en el centro de Atenas, y Megido,

en Israel, que representa el Armagedón bíblico. Puedo asegurar que excavar en esos lugares no guarda la menor relación con lo expuesto en las películas.

La gente suele preguntarme: «¿Cuál ha sido su mejor hallazgo?». A lo que yo respondo: «Una pata de mono fosilizada». Esta anécdota tuvo lugar en mi primera excavación en el extranjero, durante el verano al finalizar mi segundo curso en la universidad, en la excavación del yacimiento grecorromano de Tel Anafa, en el norte de Israel, en el marco de un proyecto dirigido por la Universidad de Michigan.

Era un día terriblemente caluroso y, hacia media mañana, empezó a preocuparme sufrir una insolación. En aquel preciso instante, mi pequeño *patish* (un martillo de excavación) golpeó un objeto en un ángulo tal que la pieza salió despedida hacia arriba, girando en el aire sobre sí misma, una y otra vez, hasta caer de nuevo al suelo. Durante el vuelo, vi que era verde y pensé, algo aturdido por el calor: «¡Vaya, es una pata de mono, fosilizada!». Cuando la pieza tocó el suelo, ya me había repuesto: ¿Qué haría una pata de mono en el norte de Israel?

Como era de esperar, al examinarla con más detalle, resultó que la pieza era parte de un mueble de bronce helénístico con la forma del dios griego Pan, el que luce cuernos en la cabeza y anda tocando la doble flauta. Probablemente, en origen formó parte del extremo del brazo de una silla de madera, pero esta se había desintegrado tiempo atrás y, en consecuencia, en la excavación solo se había conservado el bronce que, tras dos mil años bajo tierra, aguardando a que yo lo encontrara, se había tornado verde. Lo extrajimos con cuidado, lo dibujamos y lo fotografiamos, para poder publicarlo. Pasaron casi treinta años hasta que volví a verlo, en un museo de la Universidad de Haifa al que había sido cedido desde el Museo de Israel en Jerusalén.